

EL PRÍNCIPE

TOMO II.

1

NICOLÁS MAQUIAVELO

AL

MAGNÍFICO LORENZO DE MÉDICIS

HIJO DE PEDRO DE MÉDICIS

Los que desean alcanzar el favor de un príncipe suelen casi siempre empezar regalándole cosas de mérito ó que sean de su gusto, como caballos, armas, telas de oro, piedras preciosas ú otros objetos dignos de su grandeza.

Queriendo yo ofrecer á Vuestra Magnificencia algún testimonio de mi adhesión, no he encontrado entre cuanto poseo cosa de mayor valer ni más preciada que el conocimiento de los hechos de los grandes hombres; conocimiento que he adquirido por larga experiencia de los asuntos públicos de estos tiempos y no interrumpido estudio de la historia de la antigüedad.

Mis observaciones, atenta y cuidadosamente hechas, las concreto en este pequeño volumen que envió á Vuestra Magnificencia; y aunque juzgo la obra indigna de seros ofrecida, confío, sin embargo, en vuestra bondad para que sea aceptada, considerando que no puedo ofrecer mejor regalo que el de procurar sepáis en brevísimo tiempo cuanto yo he aprendido en tantos años y con tantas molestias y peligros.

No engalano esta obra con frases elocuentes, ni palabras pomposas, ni esos primores de estilo que muchos emplean para avalorar sus escritos, pues he querido que, ó no tenga mérito alguno, ó la hagan grata la gravedad del asunto y la verdad de las observaciones. Tampoco deseo se juzgue presunción en hombre de humilde estado atreverse á dar reglas de conducta á los príncipes que gobiernan pueblos; porque así como los pintores de países desde la llanura pintan las montañas y desde los montes los valles y sitios bajos, de igual modo para comprender la índole del pueblo es necesario ser príncipe, y para conocer la de los príncipes conviene ser del pueblo.

Acoja Vuestra Magnificencia este pequeño obsequio con tan buena voluntad como es la mía al enviárselo; y si se digna leerlo atentamente, verá en él mi deseo de que lleguéis á la grandeza que la fortuna y vuestras dotes personales prometen. Y si Vuestra Magnificencia, desde la altura en que está, se digna alguna vez dirigir una mirada á mi humilde posición, sabrá cuán miseramente sufro el grande y continuo rigor de la mala suerte.

EL PRÍNCIPE

CAPÍTULO PRIMERO

Cuántas clases hay de principados y por cuáles medios se adquieren.

Los Estados y soberanías que han tenido y tienen autoridad sobre los hombres, fueron y son, ó repúblicas ó principados. Los principados son, ó hereditarios con larga dinastía de príncipes, ó nuevos: éstos, ó completamente nuevos, cual lo fué Milán para Francisco Sforza, ó miembros reunidos al Estado hereditario del príncipe que los adquiere, como el reino de Nápoles respecto al rey de España. Los Estados así adquiridos, ó los gobernaba antes un príncipe, ó gozaban de libertad; y se adquieren, ó con ajenas armas, ó con las propias, por caso afortunado ó por valor y genio.

CAPÍTULO II

De los principados hereditarios.

Prescindiré de discurrir ahora acerca de las repúblicas, por haberlo hecho ya ampliamente en otra oca-

sión (1). Concretaréme, pues, á los principados, y, ateniéndome á la clasificación hecha, diré cómo pueden ser conservados y gobernados.

Empiezo declarando que, en los Estados hereditarios, habituados á la dinastía de sus príncipes, son mucho menores las dificultades para conservarlos que en los nuevos; basta sólo respetar la organización establecida por los predecesores y contemporizar con los acontecimientos, de suerte que, si el príncipe tiene mediana habilidad, regirá siempre su Estado, á no impedírsele extraordinaria y excesiva fuerza; y aun así desposeído, lo recobrará al primer contratiempo que sufra el usurpador. Ejemplo de ello es en Italia el duque de Ferrara, que resistió los ataques de los venecianos en 1484 y del Papa Julio II en 1510, solamente por su antigua soberanía en el ducado.

El príncipe hereditario tiene menos necesidad y motivo para vejar á sus súbditos, y, por tanto, debe ser más amado; siendo natural y justo que éstos le quieran cuando por extraordinarios vicios no se hace aborrecible. La misma antigüedad y continuación del dominio apagan los deseos y aminoran los motivos de las innovaciones; porque toda mudanza deja cimientos para nuevo cambio.

CAPÍTULO III

De los principados mixtos.

Encuéntanse, pues, los mayores inconvenientes en los principados nuevos. Cuando no son completamente nuevos, sino miembros incorporados á otra soberanía, la

(1) En los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*.

cual puede en tal caso denominarse mixta, los cambios nacen primeramente de una dificultad natural y común á todos los principados nuevos; porque, creyendo mejorar, mudan de buen grado los hombres de señor, y esta creencia les hace empuñar las armas contra el gobernante; en lo cual se engañan, pues la experiencia les enseña después que han empeorado.

Depende esto de otra necesidad natural y ordinaria que obliga siempre al príncipe á vejar á sus nuevos vasallos, ó con la permanencia de tropas, ó con las otras infinitas molestias que acarrea la conquista. De esta suerte resultan ser enemigos todos aquellos á quienes la ocupación del principado perjudica, no continúan siendo amigos los que le dieron el señorío, por la imposibilidad de realizar las esperanzas que habían concebido y la precisión en el señor de emplear contra ellos, estándoles obligado, medidas violentas; pues por fortísimo ejército que tenga un príncipe, necesita la buena voluntad de los habitantes para ocupar un Estado. Por estos motivos el rey de Francia Luis XII perdió el Estado de Milán tan rápidamente como lo había ganado; bastando la primera vez para arrojarle de él las tropas de Luis Sforza, porque á los mismos pueblos que le habían abierto sus puertas y que vieron frustradas sus esperanzas del bienestar que aguardaban, se hizo insufrible el nuevo príncipe.

Verdad es que, reconquistados los países que se rebelan, es más difícil perderlos, porque la rebelión da motivos al señor para emplear con menos reparo los medios de asegurar su poder, castigando á los delincuentes, vigilando á los sospechosos y atendiendo á proveer los sitios menos fuertes. Por ello si para hacer perder á Francia el ducado de Milán bastó la primera vez que un duque Sforza alborotase en los límites del ducado, para que lo perdiese la segunda, preciso fué á éste el

concurso de todo el mundo, á fin de rechazar á los ejércitos franceses y arrojarlos de Italia. La diferencia proviene de los motivos antes expuestos.

Pero la segunda, como la primera vez, fué lanzado de Milán su nuevo señor. Indicadas están las causas generales por las cuales perdió el ducado la primera; resta explicar las que la segunda ocasionaron igual efecto y los remedios que el rey de Francia tenía á mano, y tiene cualquiera que en su caso se encuentre, para mantenerse en la tierra conquistada, no perdiéndola como la perdió el monarca francés.

Digo, pues, que los Estados que al ser conquistados se unen á otro Estado antiguo del conquistador, ó son de la misma comarca y de la misma lengua, ó no lo son. En el primer caso se conservan con gran facilidad, sobre todo si no están acostumbrados á vivir libres. Para poseerlos seguramente, basta la extinción de la dinastía de príncipes que antes tuvieron, porque manteniéndolos en todo lo demás en las antiguas condiciones y no imponiéndoles novedad en las costumbres, viven los hombres quietamente. Así ha sucedido, según se ve, con Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía, unidas á Francia hace tanto tiempo; pues aunque haya alguna diferencia en la lengua, las costumbres son semejantes y fácilmente pueden conciliarse.

Quien adquiere y desea conservar esta clase de Estados, necesita la realización de dos condiciones: una, que la dinastía del antiguo príncipe se extinga; otra, no alterar las leyes ni los tributos: de tal modo forman los nuevos Estados con el antiguo en brevísimo tiempo una sola nación.

Pero cuando se conquistan Estados en una comarca distinta en lengua, costumbres y régimen, las dificultades son numerosas y se necesitan gran fortuna y grandísimo talento para conservarlos. Uno de los mayores

y más eficaces medios de conseguirlo consiste en que el conquistador traslade su residencia á la tierra conquistada. Esto hará la posesión más segura y duradera. Así lo hizo el turco en Grecia, que, á pesar de todas las precauciones tomadas para conservar dicho Estado, no lo hubiera conseguido sin acudir á habitarlo. Viviendo en el país conquistado se ven nacer los desórdenes, y pronto pueden remediarse; pero no estando en él, se saben cuando son ya grandes y no tienen remedio. Además, la provincia sometida no pueden expoliarla los gobernadores que en ella pongas, y si lo intentan, satisface á los súbditos la inmediata apelación al príncipe, con lo cual tienen más motivos para amarle, si quiere ser bueno, y si no, para temerle. La permanencia del conquistador en el pueblo conquistado impone también respeto á los extranjeros que quisieran ocuparlo, siendo, cuando vive en él, muy difícil que lo pierda.

Otro medio excelente de conservación de conquistas es mandar colonias á una ó dos plazas que sean llaves del Estado, porque, de no hacerlo, preciso es tener en él numerosas tropas de á pie y de á caballo. Las colonias no son costosas al príncipe: con poco ó ningún gasto las envía y mantiene, perjudicando sólo con ellas á los que quita casas y campos, que son mínima parte de la población, para darlas á los nuevos habitantes. Dispersos y empobrecidos los perjudicados, ningún daño pueden hacer, y los demás, por no haber sido ofendidos y por temor á ser, como los otros, despojados y dispersados, fácilmente se aquietan. En suma, estas colonias no son costosas, son más fieles, dañan poco, y los maltratados, por quedar pobres y dispersos, no pueden, como he dicho, ocasionar trastornos. Téngase muy en cuenta que á los hombres se les debe ganar, ó imposibilitarles de causar daño, porque de las pequeñas ofensas se vengán, pero no de las grandes; por ello el agravio que se

les haga debe ser de los que no permitan temer venganza.

Si en vez de colonias se tiene fuerza armada, el gasto es mayor, costando la guarda del nuevo Estado el importe de sus rentas; de suerte que la conquista se convierte en pérdida para el conquistador, y los perjuicios por las marchas y alojamientos de tropas alcanzan á todos los habitantes, convirtiéndoles en peligrosos enemigos el estar, aunque vencidos, en sus casas. Tales razones prueban la inutilidad de la custodia armada y la ventaja de las colonias.

El poseedor de una provincia conquistada procure ser jefe y protector de sus vecinos más débiles é ingeniarse para debilitar á los más poderosos, y sobre todo impedir que por motivo alguno intervenga en los asuntos de vecindad un extraño tan fuerte como él, porque por ambición ó miedo le llamarán los descontentos, como los etolios llamaron á los romanos á Grecia y como les llamaron también los habitantes de otras provincias donde entraron.

Cuando invade un extranjero poderoso una comarca, lo ordinario es que se pongan de parte del invasor los Estados menos fuertes, por envidia al que antes dominaba, y sin gastos ni esfuerzos el extranjero conserva la adhesión de estos pequeños Estados que de buen grado forman un solo cuerpo con el conquistado. El conquistador en tal caso cuidará solamente de no dejar á éste adquirir demasiado fuerza y autoridad, pudiendo con sus propios recursos y con el auxilio de los pequeños Estados, adheridos voluntariamente, abatir á los poderosos y mantenerse dueño de todo el país. Quien no acuda á tales medios pronto perderá la conquista, multiplicándose los obstáculos y las dificultades mientras la tenga en su poder.

Este fué el sistema de los romanos en las provincias

conquistadas: fundaban en ellas colonias, protegían á los Estados débiles sin aumentar su poder, disminuían el de los fuertes y no permitían que en dichas provincias ganara crédito ningún poderoso extranjero. Sirva de ejemplo la provincia de Grecia, donde empezaron apoyando á los aqueos y á los etolios, dominaron después el reino de Macedonia y arrojaron á Antíoco; pero ni los méritos de los aqueos y etolios les indujeron nunca á ensanchar sus Estados, ni las persuasiones de Filipo á aceptarle por amigo sin aminorar su influencia, ni el poder de Antíoco á consentir que en aquella provincia tuviese dominio alguno. Los romanos hicieron entonces lo que todo príncipe sabio debe hacer, no cuidar sólo de las dificultades presentes, sino de las futuras y del modo de vencerlas; porque previendo las lejanas, fácilmente pueden ser remediadas, y esperando á que ocurran, no llega á tiempo la medicina, por ser ya incurable la dolencia. Sucede, pues, en esto lo que dicen los médicos de la tisis; que, al principio, tan fácil es curarla como difícil conocerla; pero con el tiempo, inadvertida y no curada al empezar, todos la conocen y ninguno la remedia.

Lo mismo ocurre en los negocios de Estado; cuando se preven los peligros (y éste es el privilegio de los prudentes), pronto se conjuran; pero si, desconociéndolos, se les deja crecer de modo que nadie los advierta, son irremediables. Previsores los romanos, los conjuraron siempre antes de que aumentaran, aun á costa de una guerra, pues sabían que las guerras no se evitan por diferirlas, y si se diferían, es en provecho del enemigo. Con Filipo y Antíoco pelearon en Grecia para no tener que luchar más tarde contra ambos en Italia. Fácil les era entonces eludir la guerra, pero no quisieron, ni hicieron nunca caso de la tan repetida máxima de sabios de nuestros días de que *conviene ganar tiempo*, sino de los

consejos del valor y de la prudencia; porque el tiempo todo lo oculta y con él llegan lo mismo las prosperidades que los infortunios.

Pero volvamos á Francia, para ver si de las cosas dichas hizo alguna. No hablaré de Carlos VIII, sino de Luis XII, por ser más larga la dominación de éste en Italia y de mayor espacio para estudiar sus procedimientos. Veréis cómo hizo lo contrario de lo que debía para conservar un Estado distinto del suyo.

Trajo al rey Luis á Italia la ambición de los venecianos, quienes deseaban, valiéndose del monarca francés, adquirir la mitad de la Lombardia. No censuro la entrada del Rey ni el partido que tomó, Deseoso de sentar pie en tierra italiana y careciendo en ella de amigos, porque el mal comportamiento del rey Carlos le había cerrado todas las puertas, vióse en la precisión de aceptar la amistad ofrecida, y de no cometer errores en los demás asuntos, fuera su empresa coronada del mejor éxito.

Conquistada la Lombardia, pronto ganó el Rey la reputación que Carlos había perdido. Génova cedió; hicieronse amigos los florentinos, y con ellos el marqués de Mantua, el duque de Ferrara, los Bentivogli, la condesa de Forli y los señores de Faenza, Pésaro, Rímíni, Camerino, Piombino, Luca, Pisa y Siena. Entonces pudieron advertir los venecianos cuán temeraria fué su determinación de adquirir dos plazas en Lombardia á cambio de hacer señor de las dos terceras partes de Italia al rey de Francia. Cualquiera comprende la facilidad con que el rey pudo conservar su dominación observando las reglas antedichas y tener seguros y defendidos tantos amigos que, por ser muchos y débiles, y temerosos unos del Pontificado y otros de los venecianos necesitaban su apoyo y le ayudaban á contrarrestar la influencia de los Estados más poderosos.

Pero al llegar á Milán hizo lo contrario, pues ayudó al

Papa Alejandro para que ocupase la Romaña, sin tener en cuenta que así enflaquecía su fuerza privándose de amigos y de los que se habían arrojado en sus brazos, y aumentaba la influencia de la Iglesia, añadiendo al poder espiritual, que le daba ya tanta fuerza, el temporal de un Estado tan considerable. Cometido este primer error, vióse obligado á seguir por el mal camino, hasta que, para poner dique á la ambición de Alejandro é impedirle llegar á ser señor de Toscana, tuvo que volver á Italia.

Y no le bastó engrandecer á la Iglesia privándose de amigos, sino que, ambicionando el reino de Nápoles, lo dividió con el rey de España, de suerte que, siendo árbitro absoluto de Italia, llevó á ella un rival para que los ambiciosos y los descontentos de él tuvieran donde acogerse. En vez de mantener en Nápoles un rey tributario suyo, le echó de allí y llamó á quien pudiera echarle á él.

No hay ciertamente ambición más natural que la de adquirir, y cuando la satisfacen los hombres que tienen poder para ello, son más dignos de elogio que de censura; pero si intentan realizarla sin fuerza propia y de cualquier modo, sigue á su error el vituperio. Si el rey de Francia podía con sus propias fuerzas ocupar el reino de Nápoles, debió hacerlo; y si no podía, no debió dividirlo. La división de la Lombardia con los venecianos merecía excusa, porque motivó su entrada en Italia; pero no la de Nápoles, que ninguna necesidad justificaba.

Cometió, pues, el rey Luis cinco errores: aniquilar la influencia de los Estados pequeños, acrecer la de los grandes, llevar á Italia un extranjero potentísimo, no establecer allí su corte y no fundar colonias, errores que acaso no perjudicaran durante su vida la dominación francesa si no hubiese cometido el sexto, que fué

despojar de sus posesiones á los venecianos. No engrandeciendo el poder de la Iglesia, ni trayendo los españoles á Italia, atinado y necesario era humillar el poder de Venecia; pero, hecho aquello, no de bió consentir la ruina de ésta. Manteniéndose Francia y Venecia poderosas, siempre hubieran impedido á los demás la conquista de Lombardía, porque ni los venecianos consentieran allí otra dominación que la suya, ni nadie intentara quitársela á Francia para darla á Venecia, ni ninguno se atreviera á luchar contra ambos Estados.

Si alguien objetara que el rey Luis cedió á Alejandro VI la Romaña y á España el reino de Nápoles por evitar una guerra, contestaré reproduciendo lo que antes dije, de que no se debe permitir la continuación de un desorden por evitar una guerra, porque no se evita, sino se dilata con perjuicio propio. Y el que alegara la promesa del Rey al Papa de ayudarle en la conquista de la Romaña á cambio de quitar todo impedimento á su matrimonio (1) y de dar el capelo al cardenal de Rohan, encontrará mi contestación en lo que diré más adelante acerca de la fe de los príncipes y de cómo deben guardarla.

Perdió, pues, el rey Luis la Lombardía por no cumplir ninguna de las reglas observadas por cuantos adquirieron provincias con deseo de conservarlas en su poder, suceso no milagroso, sino muy racional y ordinario. De este asunto hablé en Nantes con Rohan, cuando el duque Valentino (así llamaban vulgarmente á César Borja), hijo de Papa Alejandro, ocupaba la Romaña. Decíame el cardenal de Rohan que los italianos no entendíamos de asuntos de guerra, y le respondí que los franceses, en cambio, no entendían de negocios de Estado, pues, de lo contrario, no permitirían á la sobera-

(1) Con Ana de Bretaña, para unir este Estado á su corona.

nía pontificia llegar á tanta grandeza. La experiencia ha demostrado que Francia fué causante de que creciera el poder en Italia de la Santa Sede y de España, y de este crecimiento procedió su ruina. De aquí se deduce una regla general que nunca ó rara vez falla, cual es que quien ayuda á otro á engrandecerse trabaja en daño propio, porque el auxilio se lo presta, ó con su fuerza ó con su habilidad, y ambos medios infunden sospechas á quien llega á ser poderoso.

CAPÍTULO IV

Por qué el reino de Dario, conquistado por Alejandro, no se rebeló, muerto éste, contra sus sucesores.

Teniendo en cuenta las causas que dificultan conservar una nación recién conquistada, maravillará á alguno que el imperio de Asia, sometido en pocos años al poder de Alejandro Magno, muerto éste al poco tiempo de dominarlo, no se insurreccionara, como parecía natural sucediese al desaparecer el conquistador, sino que continuara en poder de sus sucesores sin otros inconvenientes para ellos que los nacidos de sus peculiares ambiciones. A esto contestaré que todos los principados de que se tiene memoria se han gobernado de uno de los dos modos siguientes: ó por un príncipe, siendo los demás habitantes siervos y escogiendo entre ellos libremente el soberano, los ministros que le ayudan á gobernar el reino, ó por un príncipe y una clase aristocrática que, no por concesión real, sino por su antigua estirpe, ocupan elevada posición social. Estos grandes tienen Estados y vasallos propios que les reconocen por señores y les son particularmente adictos.

En los Estados donde sólo gobierna un príncipe y los demás son siervos, tiene el primero mayor autoridad, porque todos los habitantes le reconocen como único señor; y si obedecen á otros es por ser ministros ó gobernadores, sin tenerles particular afecto. Ejemplos de esta diversidad de gobiernos los encontramos en nuestros días en Turquía y en Francia. Toda la monarquía turca la gobierna un solo señor; los demás son siervos, y dividiendo su reino en provincias, envía á ellas gobernadores y administradores que muda y varía á su capricho. El rey de Francia está rodeado de multitud de nobles que tienen súbditos sumisos y obedientes, nobles con prerrogativas y preeminencias de que no puede privarles el rey sin peligro propio.

Quien examine bien ambas formas de gobierno encontrará mayores dificultades para conquistar el reino de Turquía; pero, vencido, mayor facilidad para conservarlo. Las dificultades nacen de que no puede esperar el conquistador ni llamamiento de sublevados ni rebeliones de los magnates del reino que auxilien su empresa, por la organización especial de tales Estados. En efecto; siendo todos los habitantes esclavos sumisos á un señor, no es fácil corromperlos; y, aun consiguiéndolo, nada útil resultaría, porque no pueden arrastrar en pos de sí al pueblo, á causa de las razones expuestas anteriormente. El que ataque, pues, á los turcos, debe esperar encontrarles unidos y le conviene fiar el triunfo en su propia fuerza, no en las divisiones de los adversarios; pero una vez vencidos y derrotados de modo que no puedan rehacer sus ejércitos, ya no tiene que preocuparse más que de la dinastía del príncipe. Extinguida ésta, nadie queda temible, no teniendo los demás personajes reputación en los pueblos, de los cuales nada podía esperar el vencedor antes de la victoria, ni temer después de ella.

Lo contrario ocurre en Estados gobernados como el de Francia. Con facilidad pueden ser invadidos ganando á algunos magnates del reino, que siempre hay entre ellos descontentos y deseosos de innovaciones. Estos, por las razones ya dichas, pueden abrir camino á la invasión y facilitar la conquista, que sólo se conservará venciendo infinitas dificultades originadas por los auxiliares y por los vencidos. No bastará extinguir la dinastía del príncipe, porque los magnates promoverán nuevas conspiraciones, y no pudiendo contentar á todos ni acabar con ellos, por cualquier imprevista causa se pierde la conquista.

El gobierno de Darío, si bien se estudia, resulta semejante al de Turquía. Necesitó, pues, Alejandro empezar invadiéndolo y destrozando sus fuerzas por todas partes para que no le quedaran medios de defensa; pero, conseguida esta victoria y muerto Darío, quedó el reino, por las razones dichas, en segura posesión del conquistador. Si sus sucesores hubiesen estado unidos, la gozaran tranquilamente, pues no hubo en aquel reino otras perturbaciones que las suscitadas por ellos.

Pero los Estados organizados como Francia no se poseen con tanta quietud. Las continuas rebeliones en España, en las Galias y en Grecia contra los romanos, nacían de la multitud de reyezuelos ó jefes que había en estas comarcas. Mientras subsistieron fué insegura la dominación romana en dichos pueblos; pero una vez extinguidos y olvidada su existencia, las fuerzas de los romanos y la continuidad de su dominación les hicieron tranquilos poseedores de estas provincias, hasta el punto de combatir entre sí dentro de ellas y contar cada partido con mayor ó menor auxilio, según la autoridad que hubiera ejercido en ellas, pues habiendo desaparecido los antiguos señores territoriales, no obedecían más que á los romanos.

Fijando la atención en las diferencias dichas se comprenderá la facilidad con que Alejandro mantuvo en su poder el imperio de Asia y las dificultades con que han tropezado Pirro y otros para conservar sus conquistas, cosa que no debe atribuirse á la mayor ó menor virtud y capacidad del conquistador, sino al régimen de gobierno de los países conquistados.

CAPÍTULO V

Cómo han de ser gobernadas las ciudades ó los reinos que, antes de su conquista, se regían por leyes propias.

Cuando los Estados que se adquieren están acostumbrados á vivir libres y regirse por sus propias leyes, hay tres modos de conservarlos: primero, destruirlos; segundo, trasladar á ellos la residencia; tercero, dejarlos gobernarse con sus propias leyes, mediante un tributo, y organizando un gobierno de pocas personas que lo mantengan adicto, porque creado este gobierno por el príncipe, sabe que no puede existir sin su amistad y su poder, y hará todo lo posible por conservar la adhesión. Este es el medio mejor para mantener la dominación en una ciudad habituada á régimen liberal.

Los espartanos y los romanos ofrecen ejemplos de los tres citados modos de conservar las conquistas. Los primeros gobernaron en Atenas y en Tebas, creando en cada una de ellas un gobierno de pocos ciudadanos. A pesar de esto las perdieron; los segundos, para asegurar la posesión de Capua, Cartagena y Numancia, las destruyeron y no las perdieron. Quisieron gobernar la Grecia casi lo mismo que los espartanos, dejándola en libertad de regirse por sus leyes, y fracasó su intento,

viéndose obligados á destruir muchas ciudades de esta provincia para mantenerla en su poder, porque, en verdad, este es el medio más seguro de posesión. Quien se apodere de una ciudad acostumbrada á gozar de su libertad y no la destruya, debe esperar ser destruído por ella, pues siempre tendrá como bandera de rebelión la libertad y su antiguo régimen, que ni el transcurso del tiempo ni los beneficios hacen olvidar. Hágase lo que se haga y cualquiera que sea la precaución que se tome, si no se distribuyen ó dispersan los habitantes, ni el nombre de libertad, ni el régimen liberal se borran de la memoria, y á ellos acuden en cualquiera ocasión. Así lo hizo Pisa después de estar sometida tantos años á Florencia.

Pero cuando la ciudad ó la provincia están habitadas á vivir bajo la dominación de un príncipe y su dinastía se extingue, acostumbradas á la obediencia y privadas del antiguo soberano, ni saben ponerse de acuerdo para elegir uno nuevo, ni vivir en libertad; de suerte que hasta su misma lentitud en acudir á las armas facilita á cualquier príncipe conquistarlas y conservarlas en su poder.

En las repúblicas hay, al contrario, más vitalidad, más odio, mayor deseo de venganza; el recuerdo de la antigua libertad atormenta constantemente su memoria, de modo que el medio más seguro es destruirlas ó trasladar á ellas la residencia.

CAPÍTULO VI

De los Estados que el conquistador adquiere con su esfuerzo y sus propias armas.

A nadie debe llamar la atención que en lo que voy á decir de los principados completamente nuevos, del